POKER y CAMION

Por MANUEL ALONSO ALCALDE

EL juego comenzó a las siete, y a las 7,35 circulaban ya por encima del paño cerca de 15.000 pesetas en fichas, porque era sábado, y los sábados por la tarde se reunían los ocho o diez puntos fuertes que había en el casino a jugar al póquer sintético, que ellos llamaban «el ciclón», y los restos desaparecían y se reponían continuamente, y el dinero iba de unas manos a otras, como si, en efecto, una racha de viento lo empujase de acá para allá. La partida se celebraba en el «cuarto del crimen», círculo de recreo, segunda planta: una habitación con las paredes resobadas y guirnaldas de escayola en el techo, en la que, aparte de unos cuantos butacones ajados, la mesa de juego, de forma decagonal, y una pantalla verde, no había otra cosa que un prehistórico olor a nicotina, impregnando el ambiente de sordinez.

A las 7,43, don Lesmes Pecino, dueño de los talleres de trefilado «Tecnorén»; de un par de grandes y velludas manos de antiguo forjador, y de un sello de oro de nuevo rico, envidó mil duros con una trucha de ases, que al tercer naipe se convirtió en ful.

—Ahí estoy—dijo, y empujó su dinero con el antebrazo, como tenía por costumbre, con un ademán que pretendía ser campechano y resultaba brusco y desaforado.

De sobra sabía él que con una jugada de esa categoría podía enganchar a los nueve puntos restantes y hacer mesa limpia; pero no estaba de racha aquella tarde, puesto que el único que asistió al envite fue el doctor Ramos, el cirujano, que llevaba cuatro perejiles desde la segunda carta e iba en busca del color. Ramos poseía unos dedos largos y delicados, de esos, según la Quiromancia, que señalan la influencia de la Luna e indican un carácter minucioso, ceremonioso y analítico. Cuando llegó su turno, dijo:

—Veo.

Pero sin arrastrar sus fichas como el otro, sino depositándolas, cuidadosamente apiladas, en el centro del paño, con gesto meditado y pacífico, como si avanzase una torre del ajedrez.

Y mientras, a las 7,43, durante un par de segundos, los que tardaron en caer las dos cartas que todavía quedaban por salir, se decidió a favor del doctor Ramos el destino de las ocho mil pesetas y pico a que ascendía la suma de ambos restos; Germán, chófer de un camión pescadero en ruta hacia Madrid, tomó a su vez la decisión de pisar el acelerador a fondo. El no ignoraba que al hacerlo se jugaba el tipo, y así lo hizo constar.

—Solo falta que, encima, nos peguemos la torta—dijo en voz alta.

A él no le gustaba conducir entre dos luces, como ahora. Había bastantes probabilidades de confundir la silueta de un árbol con un peatón o un ciclista, y viceversa, y cargárselos, como quien lava, casi sin darse cuenta de lo que se hacía.

Pero tampoco había necesidad de pensar en ello. Si uno fuera a ponerse a hacer cálculos a cada instante de los peligros que corría cuando se metía en un camión, no tendría tiempo para preocuparse de otra cosa; y por el momento, su única preocupación consistía en recuperar el tiempo perdido, puesto que llevaba casi dos horas de retraso. Eran más de las siete y media, y todavía faltaban cincuenta kilómetros para la cantina del cruce. Otros días, a la misma hora, ya había dejado la cantina atrás, y eso después de parar en el establecimiento a tomar una cerveza y echar un rato de chauchau, como él decía, con Antonia, la c r i a d a del bar; pero, igual que le pasaba a don Lesmes Pecino, Germán se lamentaba de que la suerte no le favorecía aquella tarde. ¡Menudo cenizo tenía él encima aquella tarde!

No, si Germán ya había profetizado a su ayudante lo que iba a suceder, porque cuando las cosas empezaban a torcerse desde el principio, como les había pasado a ellos, ya no había quién las enderezara.

—Verás el viajecito que nos vamos a chupar—había dicho; y, desde luego, no cabía duda de que debió salirles la corneja por la siniestra, ya que desde que emprendieron la marcha todo se les había puesto en contra suya.

Ya en Santander, cuando apenas acababan de ponerse en camino, se vino abajo, sin saber cómo, la compuerta trasera del camión, pero no cuando se encontraban todavía en la Lonja, cargando, sino en la carretera, «a mala idea», como dijo Germán, a fin de que éste y su ayudante tuvieran que desandar medio kilómetro recogiendo cajas de pescado, trozos de hielo y sardinas y poniéndolo todo otra vez en lo alto del vehículo; luego, en Torrelavega, sufrieron un pinchazo, y, por fin, al salir de Palencia, se les partió la correa del ventilador. ¿Había quién diese más?, se preguntó Germán. Pues sí, porque todavía no se las podían tener todas consigo, ya que el motor había estornudado varias veces, y sería un milagro si, antes de llegar a Madrid, no tenían que liarse también con los platinos.

—¡Marranada de vida!—gruñó el chófer.

También don Lesmes Pecino gruñó algo parecido, mientras reponía por sexta vez su resto.

—Desde luego, no sé qué clase de porquería debo haber pisado al salir de casa —dijo—. Llevo seis mil pesetas vomitadas.

Marquitos, el joven arquitecto, se sintió caústico.

—Si comenzamos a echar lagrimones, acabaremos todos llorando —dijo—. Porque le prevengo que yo también pierdo.

Germán extrajo un cigarrillo con una mano, lo puso entre los labios y lo encendió, mientras aferraba el volante con la otra. Notaba calor, demasiado calor. En Reinosa se habían helado, y ahora, en cambio, le sobraba la mitad de la ropa. El aire fresco que penetraba por la ventanilla daba de lleno en su rostro, pero esta impresión no era lo suficientemente intensa como para compensar el efecto sedante que producían el zumbido del motor, lanzado a noventa por hora, y la temperatura, casi tropical, que reinaba en el interior de la cabina. Hacía más de veinte minutos que corría por aquella recta, árboles y cuentakilómetros, venga a desfilar árboles y cuentakilómetros a la dudosa luz de los faros por uno y otro lado del parabrisas, y ya empezaba a sentirse dominado por una invencible sensación de sopor. En estos momentos era cuando uno necesitaba tener a su lado a una persona con la que charlar para distraerse; pero Domingo, su ayudante, se había dormido. Germán le observó con el rabillo del ojo; había hecho un bulto con la cazadora, había apoyado en él la cabeza, había cruzado los brazos y se había puesto a roncar. Sintió Germán que le acometía una súbita irritación contra su compañero.

—¡Cerdo!—dijo.

Porque lo era, ya que Domingo no ignoraba que si había algo capaz de poner los pelos de punta a Germán, era la posibilidad de quedarse un momento traspuesto con el volante entre las manos.

—Claro, que me las arregle como pueda —rezongó—. Y si me quedo frito y me estampo, ¿qué? ¡No hay derecho!

No había derecho, desde luego. Como que casi daban ganas de desear que ocurriese lo que temía, solo para que Domingo se fastidiara. Y, encima, roncando, contagiándole su sueño a Germán, que ya empezaba a notar los párpados pesados. «Debe ser del calor», se dijo. Por su gusto, habría parado allí mismo y se habría despojado del cuero y los guantes; pero no quería perder un minuto, hasta el punto de que se había hecho el propósito, incluso, de pasar de largo por la cantina. No lo lamentaba por perderse la cerveza, sino el rato que solía echar con Antonia, la criada del bar, que sentía debilidad por los volantiers, según confesaba ella misma.

Germán consultó su reloj. Las ocho. La cantina ya debía estar cerca. Si conseguía mantenerse a noventa durante otro par de horas, todavía podía ocurrir que recuperasen el tiempo perdido. O, por lo menos, había que intentarlo. Germán tenía mujer y tres chicos, y no estaba la vida como para dejar escapar los cincuenta duros de la «gratificación de velocidad». La Compañía Pescadera, S. A., había ideado este sistema para estimular a sus conductores; claro que el plus no figuraba para nada en los libros, porque la S. A. no se iba a convertir en cómplice cada vez que ocurriera algún accidente. ¿O es que la cantidad no era razonablemente generosa?

La Compañía cumplía con entregar a los chóferes la gratificación en propia mano, a medida que aquellos iban presentándose, y lo demás no era cuenta suya. El reloj del garaje servía de control; un minuto que pasase de la hora fijada en la hoja de ruta, y la S. A. se había ahorrado las doscientas cincuenta pesetas de Germán. Diría Rufino, el gerente:

—Mala suerte, muchacho. Otro día será.

Y asunto concluido.

Dijo el señor Asán, el joyero:

—Mala suerte, don Lesmes.

Y Pecino, que acababa de perder otro envite, se dirigió a Marquitos.

—¿Qué le parece ahora? ¿Tengo razón o no para quejarme?

Repuso el arquitecto:

—A lo mejor todavía se recupera usted. Yo ya lo he hecho.

Germán se puso a canturrear a media voz. Había varios remedios contra el sueño: sacar la palma de la mano por la portezuela; quitarse el zapato y pisar el acelerador directamente con la planta del pie, o empezar a cantar, y esto era lo que él estaba haciendo. De nuevo sintió que se le cerraban los párpados y, para aligerarlos, giró la vista por el interior de la cabina. Encima del espejo retrovisor había una estampa de San Cristóbal y, junto a ésta, una fotografía de la Gina Lollobrigida, recortada de una revista.

Había que reconocer que la Gina no estaba mal del todo, pero tampoco Antonia, la criada del bar, tenía nada que envidiarle. Precisamente, en aquellos momentos, acababa Germán de divisar las luces del restaurante. Calculó rápidamente los pros y los contras para decidir si debería o no detenerse. Al fin y al cabo, apenas había conseguido ganar cinco minutos en la recta. Y, además, se caía de sueño. Volvió a reparar en la fotografía. Sí, se quedaría, aunque no fuera más que por disfrutar del placer de despertar a su ayudante.

—Tú —dijo, empujando a éste con el codo—, ya estamos en el cruce.

Preguntó, adormilado, Domingo:

—¿Paramos?

—Claro.

—¿Y qué hay del retraso?

—¡Que se vaya a la eme!

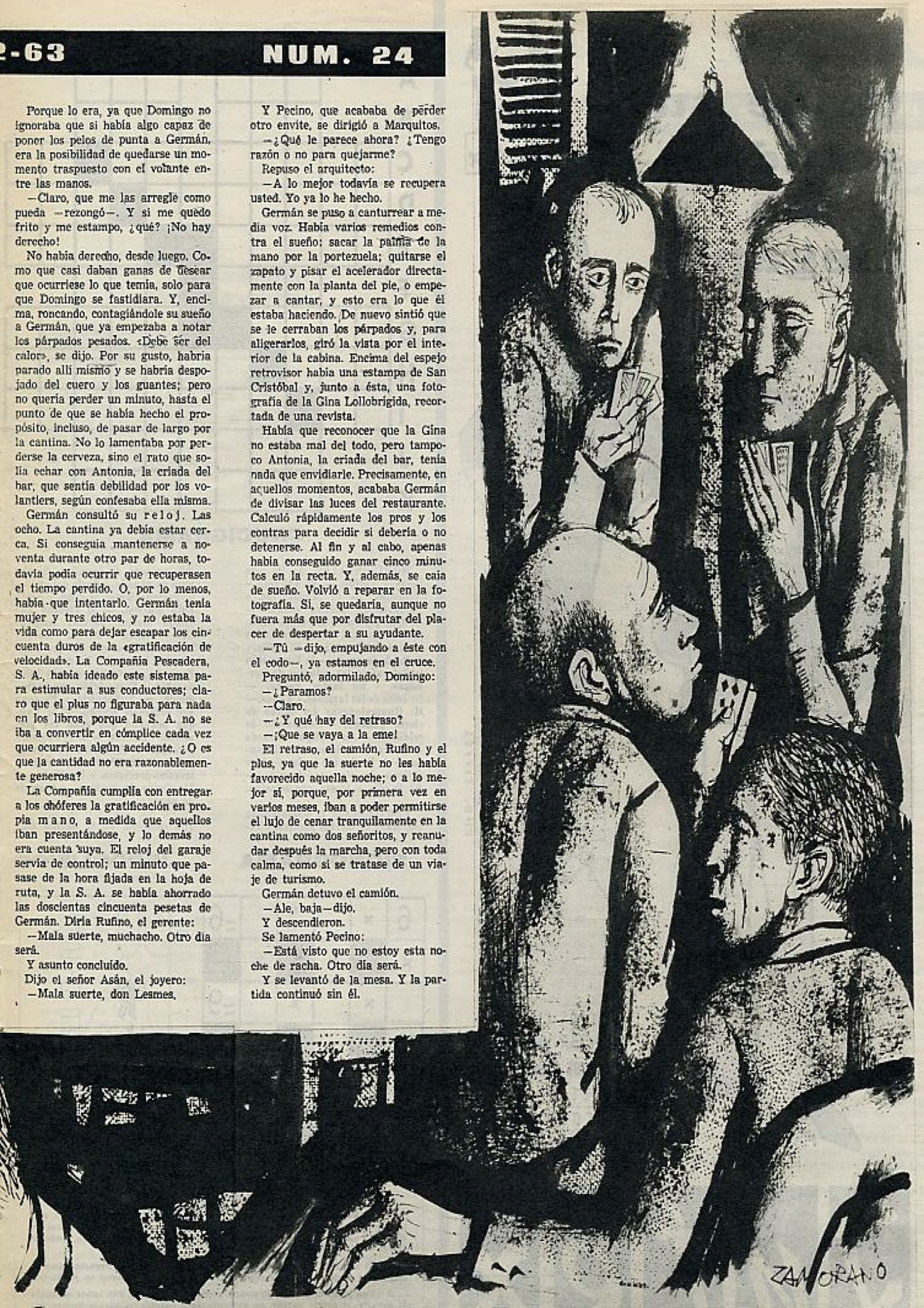
El retraso, el camión, Rufino y el plus, ya que la suerte no les había favorecido aquella noche; o a lo mejor sí, porque, por primera vez en varios meses, iban a poder permitirse el lujo de cenar tranquilamente en la cantina como dos señoritos, y reanudar después la marcha, pero con toda calma, como si se tratase de un viaje de turismo.

Germán detuvo el camión.

—Ale, baja—dijo.

Y descendieron.

Se lamentó Pecino:

—Está visto que no estoy esta noche de racha. Otro día será.

Y se levantó de la mesa. Y la partida continuó sin él.